

Memorias del Tiempo de Vuelo

1962
El helicóptero
y la escuela

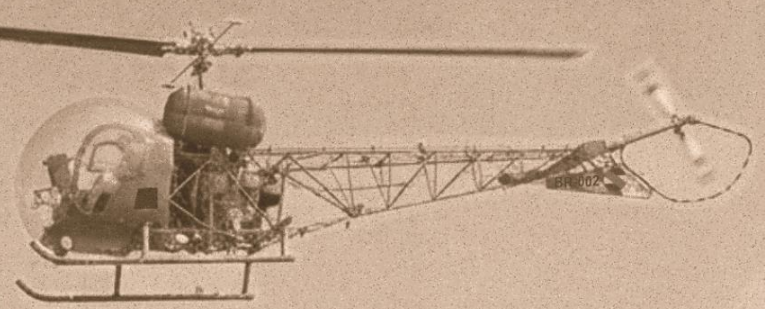
José Carlos Giordano

*Porque los recuerdos
son dinero en el
bolsillo del alma*





1962 El helicóptero y la escuela



por
José Carlos Giordano



Memorias del Tiempo de Vuelo - www.pilotoviejo.com

El helicóptero en la escuela

El calor ya había llegado en aquel noviembre del 62 y en la escuela habíamos pasado al horario de la mañana. Linda mi escuelita rural allá al norte de Montevideo, rodeada de campo con algunos pocos plantíos, en un paraje alto con mucho horizonte para ver y lejos del mundanal ruido.

En un día de clases como tantos, mi maestra de segundo año, la Srta. Agueda, que lucía unos anteojos a nuestro decir "cu.. de botella", nos aleccionaba de quién sabe qué cosa manteniéndonos con relativa calma y atención a la espera del tan ansiado recreo que solíamos disfrutar en el patio exterior enorme y con piso mezcla de tierra y pedregullo, adornado al centro por un solitario paraíso a cuyo pie se ubicaba un banco tipo de plaza, a la izquierda por una enorme acacia y a la derecha y algo más alejado, un laurel que crecía



ancho desde el pie muy frondoso, detrás del cual se solían ajustar las "cuentas" entre compañeros.

De pronto mis jóvenes oídos captaron un sonido que conocía muy bien desde el año anterior cuando estaba en primer año. Mi timidez me mantuvo callado pero atento. Pero no faltó un compañerito que más suelto de cuerpo que incorporándose como un resorte del viejo banco, se despachó con un:

- ¡Pshhhhh, escuchen!, provocando con aquel sobresalto un inmediato:

- ¡Niño silencio! de parte de la maestra, expresión a esas alturas tardía porque ya todos en aquella aula y seguramente en las demás sabíamos que la monotonía de aquel día se rompería definitivamente.

Y se armó el revuelo, recuerdo que de todos lados llegaban las exclamaciones

- ¡Ahí viene, -ya llega, no hay que dejarlo pasar!

Lo cierto es que en un instante la situación se volvió incontrolable, como en otras ocasiones, para las maestras, no quedándole a la Señora Directora -muy severa ella- otra alternativa que exclamar:

- ¡Todos afuera, todos afuera!, desencadenando con ello la completa evacuación de la escuela en pocos segundos. Ya en el exterior y salvo los niños ingresados ese año, el resto sabíamos que hacer: mientras algunos se dispersaban por el patio y se dedicaban a otear el horizonte tratando de ser el primero en gritar - ¡AHÍ ESTÁ!, la mayoría se dedicaba a preparar pañuelos, hojas de papel, alguna moña azul almidonada o lo que fuera, para agitar llamando la atención a lo que se venía.

Yo era de los que oteaban, era experto, no me importaba el resto. Lo que quería era descubrirlo, y tal cual vigía de Colón, encontrarlo sobre el fondo celeste, lo que algunas veces se hacía fácil al incidir el sol sobre él de tal manera que brillaba como estrella.

Como siempre lo ubiqué enseguida. Era como una libélula gigante, ruidosa, y al acercarse los casi doscientos niños excitados y alborotados agitaban sus pañuelos mientras gritaban, y no al unísono por cierto:

- ¡Aquí, aquí! ¡Vengan! ¡Bajen, bajen!, resultando de aquella acción que la libélula enfilaba hacia la escuela y ¡descendía!

Sí... el helicóptero descendía. Siempre respondía a nuestro llamado. Aterrizaba en los descampados que bordeaban el patio para el lado de la acacia e inmediatamente la situación se tornaba caótica, la tierra suelta y los pastos secos volaban por doquier, el ruido era ensordecedor (el silbido de las aspas al cortar el aire, ¡cómo olvidarlo!), los niños corrían -los más pequeños no sin miedo, las maestras se duplicaban en sus esfuerzos por alejarnos de la ruidosa máquina dado el riesgo existente, mientras que la Sra. Directora tal cual cacique indio se adelantaba, dando la bienvenida a los pilotos que presentaban sus respetuosos saludos mientras que yo abstraído de todo aquello y apartado me dedicaba a observar los pequeños detalles que componían la maravilla voladora y que sin duda luego al retornar a casa trasladaría a la hoja de dibujo.

En la inocencia de mi niñez no me hacía mayores preguntas sobre aquellos descensos que se producían más de una vez en el año.

¿Les interesaría nuestra alegría? ¿Habrían sido alumnos de aquella escuela?

¿Lo hacían por las maestras a las que indefectiblemente invitaban a dar una vueltita?

¡Sí, siempre las llevaban a dar una vueltita! ¡Y siempre a las más lindas!



Las clases terminaron pronto y nos fuimos de vacaciones. En marzo del 63 comenzamos Tercero. Ese año y tal cual especie en extinción las libélulas gigantes no regresaron y tampoco en el 64 y ya nunca más.

Muchos años después, los Bell 47 de la FAU vuelan y resuenan en mi memoria como seguramente en la de tantos otros...

Benditos recuerdos...

José Carlos Giordano Mianson, julio de 2019



más Memorias del Tiempo de Vuelo en el sitio web:

www.pilotoviejo.com



más Memorias del Tiempo de Vuelo en Facebook:

www.facebook.com/Pilotoviejo



Créditos:

Excepto indicación expresa el contenido, diagramado y edición de esta publicación, es de Pilotoviejo.

Publicado: 5/01/2026

© Jorge Cobas González, 2026